

BIEDA, Esteban: *Epicuro*, Estudio liminar, selección y traducción de textos, Galerna, col. La revuelta filosófica, Buenos Aires, 2015, 270p.

Epicuro es un filósofo que mucho da que hablar. Y no es accidental el hecho de referirse a él en presente, pues la razón de su notoriedad es su profunda actualidad. En efecto, la ética ha sido siempre un eslabón fundamental de la filosofía. Aunque quizá en la modernidad se les haya dado un lugar menos preponderante, exceptuando ciertos casos como el de Spinoza, las meditaciones éticas atraviesan todos los fundamentos filosóficos en una suerte de antinomia inadvertida en la que lo práctico se mezcla con lo teórico. En este punto, resultan clave aquellas consideraciones acerca del rol del filósofo, a saber, si este debe guiarse por el mero uso de la razón, gozando de los procedimientos especulativos, o bien debe orientarse aplicando sus conocimientos a la vida práctica, subordinando los principios y virtudes racionales al buen procedimiento de los actos humanos.

Esteban Bieda, Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y autor de *Aristóteles y la tragedia. Una concepción trágica de la felicidad* (Buenos Aires, Altamira, 2008), pretende redefinir y ampliar estas cuestiones en *Epicuro*, una obra que consiste en la selección y traducción directa del griego al castellano de los principales fragmentos del filósofo de Samos. La traducción viene acompañada de un extenso estudio liminar, dividido en siete secciones, y una lista detallada de la bibliografía citada en el trabajo. A continuación, presentaremos las principales tesis desarrolladas en dicho estudio y, luego, realizaremos algunas observaciones sobre la traducción.

La exposición que acompaña a la traducción tiene como fin no sólo advertir la actualidad del filósofo, sino también su carácter revolucionario. Ya desde el comienzo, en el primer apartado, Bieda nos ofrece un título sugestivo: “La revuelta filosófica de Epicuro”. En efecto, el hilo conductor que

---

Recibido: 17/11/2016. Aceptado: 04/01/2017.

atravesará toda la obra será el de comprender al filósofo de Samos como el portador de un nuevo carácter, pues este prescinde de los objetivos pretensiosos de los grandes filósofos de la Antigüedad, cuya búsqueda de entidades o arquetipos metafísicos más allá de toda practicidad es fundamento. Epicuro, así, establece una filosofía del ahora, un pensamiento orientado al buen vivir, tanto con uno mismo como con la sociedad. El fin del filósofo ya no es conocer aquellos elementos trascendentes que exceden la experiencia cotidiana, sino establecer una filosofía de lo humano entendida como una práctica, donde la felicidad es el bien preciado y las relaciones con los otros a través de nuestras acciones son el medio para obtenerla: “En su simplicidad, en su inmediatez y empatía, la filosofía epicúrea habría de hallar sus tintes revolucionarios” (p. 15).

No constituye un detalle menor el ambiente en el que Epicuro impartió sus enseñanzas, por lo que en “Una nueva filosofía desde el Jardín”, segunda sección del estudio introductorio, Bieda llama la atención sobre la importancia del ámbito en el que el filósofo educa, pues es imagen de su filosofía. El Jardín, fundado en época helenística, mantiene notables diferencias con instituciones educativas como la Academia platónica y el Liceo aristotélico. A fines del siglo IV a. C., Epicuro se instala en Atenas y decide establecer un sitio al que pueda acceder cualquiera que así lo desee, sin exigencias ni requisitos previos, como sí era el caso de aquellos renombrados establecimientos. Ya el apelativo de “Jardín” refleja la impronta de este nuevo espacio que expresa sutilmente García Gual, C., *Epicuro*, Madrid, Alianza, 1996, p. 38: “un retiro para la vida en común y la meditación amistosa de unas personas dedicadas a filosofar (...). Se buscaba, ante todo, una felicidad cotidiana y serena mediante la convivencia según ciertas normas y la reflexión según ciertos principios”.

Ahora bien, es lícito preguntarse qué es lo que precisamente enseñaba Epicuro allí. Hasta aquí Bieda nos ha expresado el espíritu de su filosofía y su orientación práctica, prescindiendo de especulaciones teóricas complejas. Sin embargo, el pensamiento epicúreo poseía sólidas bases teóricas que es imperioso conocer. Por ello, en “La epistemología epicúrea: sensación, afección y prenoción”, uno de los apartados de la segunda sección del estudio liminar, el autor introduce los conceptos primordiales de la gnoseología epicúrea que se funda en la sensibilidad, pues Epicuro da valor de realidad a aquello que se percibe por los sentidos. Tan es así que denominará “afecciones” a todo lo que se nos presenta a la sensibilidad, generando placer o dolor, y a partir de lo cual elaboramos una “prenoción”, es decir, una idea que se obtiene de experiencias pasadas con base en los sentidos.

Para ampliar su explicación, Bieda advierte que es necesario apelar al hedonismo presente en el pensamiento epicúreo, tema en el que se nos sumerge en la tercera sección, “Una ética hedonista”. Este punto es uno de los más relevantes, ya que se suele ver a Epicuro como el referente más destacado del hedonismo. Si bien esto no es exacto, dado que filósofos anteriores como Aristipo desarrollaron éticas hedonistas, es cierto que el placer es un elemento clave en el pensamiento del filósofo del Jardín. Epicuro se dedica a determinar la naturaleza del placer en contraste con la del *dolor* y, a su vez, realiza una clasificación de los placeres. De este modo, el placer es el fundamento de la vida práctica, pues es a través de él que se logra alcanzar la felicidad. Sin embargo, no cabe pensar que el hedonismo epicúreo es extremo, pues el filósofo se encarga de establecer ciertos límites a la búsqueda del placer, que se ve condicionada por la virtud. En efecto, la prudencia, medida de lo justo, permite realizar un cálculo que determina la cantidad y cualidad de los placeres que es preciso conseguir. Lo relevante aquí es que la virtud ya no se entiende como fin, como puede advertirse, por ejemplo, en la ética aristotélica, sino como medio que permite alcanzar el verdadero objetivo: la *aponía* y la *ataraxía* que constituyen la felicidad.

En la cuarta sección del estudio liminar, “El tópico de la muerte”, el autor nos lleva a las meditaciones epicúreas sobre la mortalidad humana, cuya base es la reivindicación de los sentidos como causa de las afecciones. Así, si la muerte es el fin de toda sensibilidad, también lo será de toda afección, por lo que no sería motivo de dolor ni de placer algunos. Con ello Epicuro sienta una de sus tesis éticas fundamentales, que es la de eliminar cualquier temor a la muerte, pues esta no es nada para nosotros.

Una vez esquematizadas las bases de la filosofía epicúrea, Bieda alude a las resonancias de las filosofías precedentes que se manifiestan en Epicuro. Bajo el título “Una física de cuño atomista: el problema de la libertad humana”, se presenta en la quinta sección el atomismo de Demócrito, con el objetivo de contrastar la postura de Epicuro respecto de la desviación atómica (*clinamen*) como expresión del principio de libertad. Adhiriendo a la idea de que todo está hecho de átomos y vacío, Epicuro defendería que, a pesar de existir una necesidad que orienta los movimientos a través de los cuales los átomos se desplazan, existen ciertas desviaciones, asociadas con la voluntad humana, que no responden ni al azar ni a lo necesario, sino que son la expresión de la libertad del hombre. Esta rectificación que establece Epicuro es la que merece calificarse como una “revuelta”.

En la sexta sección de su estudio liminar, “La revuelta de Epicuro contra los filósofos del pasado”, Bieda revisa la postura del de Samos frente a

los intelectuales que lo precedieron, iluminando algunos tópicos del pensamiento antiguo sobre los que Epicuro aporta una respuesta opositora o divergente a la tradición. En esta sección se analiza particularmente la diferencia respecto de la comprensión de los placeres que existe entre Epicuro y los sistemas de referentes hedonistas como Aristipo, Espeusipo y Eudoxo, para luego hacer lo propio frente a Platón y Aristóteles.

El objetivo de la séptima sección, estrechamente vinculada a la quinta, es el de establecer las reapropiaciones del pensamiento epicúreo que ha hecho la modernidad. Aun cuando Bieda rastrea el tratamiento de la filosofía del Jardín en autores como Séneca, Plutarco, Bacon, Cavendish, Boyle y Leibniz, entre otros, el énfasis está puesto en el pensamiento del joven Marx. Se analiza la tesis doctoral del filósofo alemán, orientada al estudio de la desviación atómica en la física de Demócrito y a la fundamentación teórica de la libertad humana en Epicuro. En este trabajo también se advierte el carácter de “revuelta” del pensamiento del de Samos y se manifiestan las implicaciones prácticas del pensamiento epicúreo, ya que la desviación atómica fue clave para la sociología marxista, aplicada, como es evidente, a la praxis social.

La vasta y precisa introducción está seguida de la traducción de los textos epicúreos de los que Bieda se ha servido para brindar las consideraciones expuestas en su exordio. El lector se encontrará con la traducción completa de tres obras: *Carta a Meneceo*, *Máximas capitales* y *Gnomologio Vaticano*. A su vez, se incluye la traducción de algunos pasajes de la *Carta a Heródoto* y de una selección de testimonios y fragmentos de obras perdidas. En diversas notas, Bieda aclara cuáles son las ediciones que ha seguido para la traducción, aspecto que consideramos relevante para aquellos lectores que quieran ahondar en cuestiones de índole filológica. Para la traducción de la *Carta a Meneceo*, el autor sigue la edición de Conche, M., *Épicure. Lettres et maximes*, Paris, Presses Universitaires de France, 1987, salvo donde se indica lo contrario y se opta por seguir a Boeri, M. y Balzaretto, L., *Epicuro. Vida, doctrinas morales, testimonios*, Rosario, HyA, 2002 (nota 176, p. 183). Para *Máximas Capitales* se sigue el texto griego de Usener, H., *Epicurea*, Oxford, Cambridge University Press, 2010 (1° ed. 1887), y para la traducción de *Gnomologio Vaticano* se retoma la edición de Conche. Por otro lado, no tenemos información sobre la edición utilizada para la traducción de la *Carta a Heródoto*, mientras que en la selección de testimonios y de fragmentos de obras perdidas, el autor expresa que el orden numérico de los fragmentos corresponde a la edición de Usener, salvo donde se advierte que la numeración corresponde a los párrafos del libro

x de Diógenes Laercio (nota 299, p. 241). En esta selección, Bieda incluye un extracto del libro xxxv del tratado perdido *Acerca de la naturaleza*, para cuya reconstrucción sigue el trabajo de Sedley, D., “Epicurus’ Refutation of Determinism”, ΣΥΖΗΤΗΣΙΣ. *Studi sull’epicureismo greco e romano offerti a Marcello Gigante*, Napoli, Gaetano Macchiaroli, pp. 11-51, 1983. En relación con estas consideraciones, cabe aclarar que el estudio de los manuscritos y papiros que transmiten la obra de Epicuro presenta una gran complejidad, por lo que acudir a diversas ediciones y encontrar algunas controversias o contradicciones en el tratamiento de este tema es una circunstancia muy difícil de evitar.

En suma, es menester dedicar un buen rato a la lectura serena de los textos epicúreos, pues allí se encontrará la verdadera naturaleza del buen vivir que el Jardín motivaba. Para ello, las referencias al contexto histórico y a los conceptos teóricos que Bieda incluye en el estudio introductorio de la traducción que presentamos resultan sumamente esclarecedoras. Esta obra, prolija y accesible, puede recomendarse tanto a quienes comienzan sus estudios en torno a la figura de Epicuro, como a especialistas que poseen mayores conocimientos en el tema. Quizá la mayor contribución del trabajo de Bieda sea la de reivindicar el espíritu de la ética epicúrea a partir de tres ideas fundamentales: Epicuro como un filósofo revolucionario, Epicuro como instaurador de un pensamiento vigente y Epicuro como una expresión clave de la filosofía práctica.

Bruno Daniel Alfonzo